



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE JUNIO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Días malos ... y, días peores

SECUESTROS
OLGA DE LEÓN G.

La puerta estaba ligeramente separada, entreabierta, cualquiera que pasara cerca de la casa podía ver que no había iluminación por esa entrada ni en los primeros cuartos, y que las cortinas de las ventanas caían completamente, nada se veía a través de ellas. Pero, al fondo, un suave resplandor hacía marco a los movimientos que en el patio y jardín podían verse con algunas siluetas yendo y viniendo en forma horizontal de un lado al otro.

De pronto, la casa se iluminó por completo: fuera y dentro de ella, las cortinas se abrieron, y la música sonó con algunos estruendos altos en las bocinas. La fiesta había comenzado.

La agasajada bajaba la escalinata del segundo piso hacia la sala, y la gente reunida antes en silencio, en el enorme jardín, comenzó a aplaudir y a coro, todos gritaron: ¡Felicidades, Susy! La joven que cumplía diecinueve años no lucía ningún atuendo especial, vestía como cualquier sábado por la noche, en la que iría al Antro, a una Disco o a casa de alguna amiga y de ahí a donde los novios las invitaran.

Era su cumpleaños, sí, pero no esperaba pasarlo en casa de sus padres. ¡Oh, sorpresa! ...y, ¿desilusión? Tuvo que aguantar, resistir, para no hacer alguna grosería a su familia ni a los invitados. En lo que se fue adaptando y mientras caminaba -siendo detenida para el beso en la mejilla, un abrazo o un "muchas felicidades"-, se percató de que sus amigos estaban también allí. Habían sido cómplices de la fiesta sorpresa de sus padres. Solo se preguntaba: ¿Por qué, ninguna de las tres amigas más cercanas, le advirtió? Ni su novio... Le pareció extraño y sospechoso, ¿tramaban algo?, pero, ¿qué?

A los pocos minutos, las amigas con sus novios y el de ella, Juan Pablo, la rodearon y le hicieron señas e indicaciones de que no manifestara molestia: "-Resiste, -le dijo Carla. -Al rato nos escapamos". Y todos se miraron, la vieron y sonrieron en abierta complicidad de algún plan.

Los padres de Susana pronto se olvidaron de la hija por departir con sus invitados y ver que estuvieran todos bien atendidos por el servicio de "catering".

A las doce en punto de la media noche, llegó el mariachi. La gente se entusiasmó aún más, y empezaron a pedir que tocaran y cantaran algunas de sus canciones favoritas. Media hora más tarde, Susy fue empujada de donde estaba y llevada hasta la puerta entreabierta de su casa, la que permitía ver parte del jardín, pero no todas las habitaciones de la planta baja.

La sacaron de su casa con una capucha en la cabeza que le impedía ver quiénes la conducían afuera... Sin embargo, obviamente pensó que eran sus amigos y su propio novio. Percibió el olor de la loción que usaba Juan Pablo, y



eso permitió que ella accediera a caminar hacia la calle: -Ya sé, dijo la joven... este era su plan... y río abiertamente.

No el que olía como Juan Pablo sino otro, más alto y fornido, le soltó un golpe en el rostro cubierto aún por la capucha y le dijo a los que iban empujándola: dense prisa... súbana al coche. Ya arriba del auto, Susana comenzó a llorar, iba bastante asustada, les pidió que la regresaran a su casa, que no les diría nada a sus padres y que podía darles lo que ellos quisieran de dinero y joyas.

Junto a ella, en el asiento trasero se sentó el que olía como Juan Pablo, entonces, Susana con gran congoja le preguntó, asumiendo que era su novio: ¿por qué haces esto? Ese joven, arrepentido, estuvo a punto de abrir la portezuela recién arrancaban la marcha, y a ventar fuera a la chica, para que escapara. Pero, el que iba adelante, de copiloto, lo notó y lo amenazó: Resiste, o tú también te irás al carajo.

ATROPELLOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Desde la sala observo la cama "queen size" en la recámara, sin sábanas ni cobijas. Mi mujer las ha metido a lavar, luego de haberme acostado yo anoche con la ropa ensangrentada. No era mi sangre, sino de la de un hombre al que atropellé en el camino de regreso a casa.

No lo vi cruzar. Lo golpeé con el

frente izquierdo del carro. Como cada noche, regresaba del trabajo bebiendo una cerveza oscura, conduciendo mientras escuchaba música. Suelo tocar canciones que oía en mi juventud, sobre todo de películas. Pero desde hace poco me viene por oír cosas modernas, y ayer traía "bad guy" de Billie Eilish.

Compró los discos digitales en iTunes. Me gusta tenerlos en mi i-Pod, sentir que son míos. Me alcanza para eso y más: no tengo hijos que me roben el salario, ni a los que tengo yo que pagarles la escuela o la comida.

En el camino a casa, el bombo y el bajo de "bad guy" retumbaban en mi corazón como ladrillos estrellándose contra un muro. Conducía recordando la última vez que mi mujer me había golpeado: mejillas, brazos y pecho: hace dos meses, cuando me achacó que la estaba engañando con una compañera del trabajo.

Pero luego vino la parte de la canción que me gusta, donde una especie de flauta alienígena toca una melodía casi aguda. Entonces, el silencio, y luego la voz de Eilish diciéndome "bad guy". Una voz como enterrada debajo de un cerro. Muy distinta a la de Ariana Grande en "7 rings". Aunque las dos canciones usan bombos que siempre me llevan a conducir con ese ritmo: ladeando el auto de un carril a otro, y a pensar que un día le regresaré a alguien los golpes que me ha dado mi mujer, quiero pegar

escuchando el sonido del bombo de estas canciones que ahora están de moda, como se oye también en "Old Town Road" de Lil Nas X y Billy Ray Cyrus.

Al sentir la aporreada del auto, me detuve poco a poco. Fue como pisar un bordo gigante y golpear un poste. En medio de la calle oscura, en el carril central, sin orillarme -pues con el confinamiento de la pandemia dichosa, después de las once de la noche no hay nadie: ni taxis, ni Ubers, ni nadie de nadie- ahí, me bajé.

Intenté hablarle al hombre y no respondió. Lo moví y no se quejó. Pensé que el asfalto no era el lugar adecuado para un cuerpo. Lo levanté en brazos y no me costó trabajo pues el tipo era delgado y, debo reconocer, soy robusto como una revoladora de cemento.

Apenas lo recosté en el asiento trasero del auto, comenzó una llovizna que en menos de cinco minutos se convirtió en tormenta. Mi plan para dejarlo en el río al sur, a la salida de la ciudad, se desvaneció como grano de sal en un vaso de aguardiente. Con el agua no podría acercarme a Cuchillitos, la zona donde nadan los cocodrilos. Las llantas podrían atascarse en el lodazal.

Así es que conduje despacio. Tranquilo y pensando. Pero no pensé mucho y me vine a la casa. Debo decir que, aunque es el primer hombre que atropello, no ha sido el primero que aniquilo. Antes de mi actual trabajo como mensajero en una empresa que construye edificios, fui gatillero de un cártel en Tierra Caliente. Cociné en ácido decenas de cuerpos en Guerrero. Maté con escopeta, fusil, pistola y hasta con machete. Hasta que un día, ese trabajo se acabó. Nos agarraron a casi todos los que quedábamos vivos. Quince años después, salí libre; pero sin dinero.

Me mudé al norte con mi mujer y enderecé el camino. No está en mis planes volver a pisar prisión. Ni quiero tener nada que ver con abogados, lo dejan a uno pobre. Pero aquí en esta ciudad, no se puede hacer mucho con un atropellado. Hoy no fui a trabajar; me reporté con temperatura. Y aquí estoy, esperando en la sala de la casa, escuchando el bombo de "Talk" con Khalid, a que se haga de noche para ver si hoy sí me puedo ir al río a dejar al hombre como comida para los cocodrilos.

Y las horas casi no pasan. Me dan mareos y quiero irme a dormir a la cama, pero mi mujer no me deja si no están las sábanas puestas. Me he bañado y ella ha tirado, mientras tanto, la ropa de ayer a la basura. No entiende que me va a costar volver a conseguir el uniforme en el trabajo. Que les diga algo, que se ha encogido y que ya no quepo, o que la lavadora la echó a perder. Mi mujer no entiende que tal vez me pidan que se los lleve tal como está; que me van a despedir si no lo hago.

Es un atropello lo que ha hecho mi mujer. Ella cree que, con mis antecedentes penales, será fácil encontrar otro trabajo.



Henry Miller

(Nueva York, 1891 - Los Ángeles, 1980) Escritor norteamericano. Henry Miller es sin duda uno de los talentos más destacados de la literatura norteamericana contemporánea y el paradigma del disidente y anarquista pacífico de su tiempo. Toda su obra es autobiográfica y vivencial; de ahí lo profundo de sus convicciones, expresadas en su entrega a la literatura como camino personal irrenunciable. Su naturalidad para tratar temas como el sexo y su denuncia de la hipocresía social en esta materia le valió la admiración de infinidad de lectores de todo el mundo y el tener entre sus adeptos incondicionales a las generaciones de inconformistas de su propio país de las décadas de los años cincuenta y sesenta de la pasada centuria.

Luego de una serie de viajes por el sur de los Estados Unidos, durante los que se mantiene realizando cualquier tipo de trabajo, regresa a Nueva York en 1914 y se emplea en la sastrería de su padre. En 1923 realiza su primer viaje a Europa con su segunda esposa, June Edith Smith. Pero no es hasta 1930 que Miller decide establecerse en París, donde encontró bastantes temas para sus libros y un ambiente propicio para su vida bohemia y turbulenta.

En 1934 publica Trópico de Cáncer (Tropic of Cancer), obra que será editada simultáneamente en inglés y francés. Los conflictos con la censura mantendrán esta obra inédita en Norteamérica hasta 1961.

Trópico de Cáncer es una crónica sobre la vida del propio autor en París; en sus andanzas de artista pobre y mujeriego se entrelazan una suerte de picaresca de sabor europeo con el irónico humor americano. La novela tiene una estructura poco convencional y está escrita en un lenguaje descarnado y hasta obscuro, pero indudablemente revolucionario y vital; en ella se manifiesta la preocupación de Miller por la búsqueda de identidad y la liberación del individuo de la maraña de mitos sociales que lo apresan.

Su estancia en París significa el comienzo de amistades fundamentales en lo que a su vida y obra se refiere; conoce a Jean Giono, a Anaïs Nin y a Lawrence Durrell, quien compartía con Miller la postura vitalista que enseñaba la práctica y la celebración de lo corporal por encima de todas las adversidades, fórmula que tanto influiría a lo largo de toda su literatura. En 1936 publica el libro de narraciones Primavera negra (Black Spring).

En 1939, junto con Durrell, realiza un viaje por Grecia del que es fruto la novela El Coloso de Maroussi (1941). También en 1939 publica Trópico de Capricornio (Tropic of Capricorn), en la que, al igual que en el anterior Trópico, Miller expone cómo su estancia en París estuvo marcada por una agobiante pobreza. No faltan críticos que sostienen que ambos Trópicos representan, respectivamente, la crónica de una liberación y el cuadro del infierno del cual el escritor escapa. En ambas obras hay la misma ausencia.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, su obra comienza a obtener cierta difusión, lo cual le permite trasladarse a vivir definitivamente a su entrañable California. Allí escribe Big Sur y las naranjas de Hieronymus Bosch (Big Sur and the Oranges of Hieronymus Bosch, 1957) y termina una obra cuyos apuntes había traído de París: Sexus (1949). Primera pieza de La crucifixión rosada (Plexus, 1953, y Nexus, 1959, son las otras). Publica sus cartas con Anaïs Nin y continúa explotando su propio pasado en Mi vida y yo.

Henry Miller es uno de los más claros ejemplos de literatura hecha de desesperación, de amor a todo sin cortapisas, de fe en el lenguaje como lugar de conocimiento.

ad *pédem literae*

"Probamos el oro en el fuego, distinguimos a nuestros amigos en la adversidad"

Isócrates

Letras de buen humor

"Es necesario ser casi un genio para ser un buen marido"

Honoré de Balzac

Mónica Lavín

Cuando un amigo se va

Si la muerte de nuestros queridos es dolorosa, en tiempos de confinamiento lo es más. Además de las estadísticas diarias, el sonido de las ambulancias, los semáforos, las prevenciones, el descatato, las confusiones y la incertidumbre pasan otras cosas graves: la violencia intrafamiliar crece, las adicciones se acentúan, la soledad se cobra depresiones y despropósitos. El discurso optimista de lo mucho que aprendemos de nosotros mismos, de la oportunidad y la quietud del planeta, de una nueva construcción del día a día para un entorno más amable y más humano palidecen ante lo que también pasa: la gente se enferma, va a los hospitales por otras razones que no son el Covid-19, la gente muere. Y si sabemos que es ley de vida, también hemos ideado rituales para el tránsito hacia el inevitable fin de nuestros días. Cada cultura, cada localidad, cada comunidad o familia tiene su propia manera de despedir a los suyos, de acompañarse, de estar juntos en un abrazo prolongado que permita compartir la pena por la pérdida y rememorar a quien ya no está más. Pero la pandemia también nos ha quitado el abrazo luctuoso, el pésame sin palabras que es un apretón corazón a corazón.

Clemente Merodio López murió el 22 de mayo por un cáncer irremediable y

devastador. En el mundo editorial fue una figura reconocida pues dirigió varias editoriales y sellos, particularmente se dedicó a libros de texto. También estuvo al frente de CeMPro, que defiende los derechos de los autores ante el fotocopiado ilegal de sus textos. Era sobre todo un amante de los libros, también tuvo librería, Fojas Novas, y fue un entusiasta promotor de la lectura. Pero más que eso, y por encima de ello, Clemente era un querido amigo desde antes de que su profesión y mi camino nos llevaran a empatar en numerosas ocasiones donde él gentilmente me invitaba. (Hasta un libro de texto para biología hice cuando él estuvo al frente de Santillana). Como parte de un grupo entrañable de amigos donde se fundaron romances y familias, Clemente era un gustoso del flamenco. Hasta una peña de flamenco tuvimos en los 80 para estudiar géneros, entender, comprender y escuchar guiados por Emilio Perujo, con quien yo estrenaba matrimonio. Y otra de gastronomía donde descubríamos restaurantes tradicionales del centro de la ciudad y asentábamos la crónica en un cuaderno colectivo. Tan le gustaba el flamenco que cuando se inauguró el restaurante de Juan Carlos Merodio, que llevaba por nombre Goya 64 —en alusión a la privada de Mixcoac donde crecieron varios de



los amigos— frente a los Viveros de Coyoacán, hizo sonar a todo volumen Siempre así "Salve Rociera", flamenco que pone la carne de gallina y hace vibrar una emoción luminosa. En esa oscuridad y con las velas encendidas la música bautizaba el espacio y a todo pulmón cantábamos ese himno andaluz. Así recuerdo a Clemente, alegre y vital, entusiasta y afectuoso.

Con estas palabras quisiera abrazar a su familia, que es muy querida mía, a sus amigos. Y proponer que se lean estas notas tristes a tono con el espíritu de

Clemente, descendiente de asturianos y gallegos, amante del cante y la fiesta rociera, lector apasionado y generoso y cálido amigo. Elijo la cadencia festiva de las sevillanas, porque no faltó celebración o reunión donde la música no nos convocara para bailarlas mal o bien. A ti, Clemente, la Sevillana del Adiós: Cuando un amigo se va, algo se muere en el alma, que no se puede borrar. No te vayas todavía, no te vayas por favor, que hasta la guitarra mía llora cuando dice adiós.

Te quedas con nosotros.